

REPORTAJE EXCLUSIVO:

Así murió Allende

- *Funcionarios de Investigaciones relatan, por primera vez, lo que sucedió en el palacio presidencial durante el golpe militar. Son los únicos sobrevivientes de lo que ocurrió con los prisioneros en el Regimiento Tacna.*

A

Las 14.10 horas del día martes 11 de septiembre de 1973, la puerta de La Moneda situada en calle Morandé se abrió y, detrás de un paño blanco de cocina, izado por una mano a modo de rendición, emergió más de una cincuenta de personas, desarmadas y casi asfixiadas por los efectos de los gases.

¿A dónde fueron llevadas por los militares aprehensores? ¿Es verdad que los prisioneros de La Moneda fueron trasladados al Regimiento Tacna y en su mayoría fueron luego fusilados, sin que mediara proceso alguno que los juzgara y condenara a muerte?

Hasta hoy el Ejército y el gobierno han negado en forma reiterada, tanto ante la opinión pública como ante los Tribunales de Justicia, la detención de numerosas personas entre las que se encuentran Enrique París, Eduardo Paredes, Arsenio Poupin, Enrique Huerta, Jaime Barrios, Jorge Klein, Claudio Jimeno y tantos otros. El rastreo de datos para esta investigación periodística permitió averiguar que 17 funcionarios de Investigaciones, pertenecientes a la dotación de La Moneda, permanecieron en sus puestos a pesar del inminente peligro de muerte y de la expresa autorización del Presidente Allende para que se marcharan.

La jefatura de ese grupo estuvo a cargo de Juan Seoane Miranda y su segundo era Fernando del Pino Abarca. Los 17 detectives recorrieron el mismo camino que el resto de los prisioneros: golpeados, traumatizados por la violenta experiencia vivida tras el bombardeo, manos en alto, fueron trasladados hasta el Regimiento Tacna. Lo dicen los sobrevivientes, los 17 detectives que salvaron con vida y, por tanto, los únicos testigos (aparte de los uniformados) que pueden relatar lo que allí sucedió.

Tras una intensa búsqueda, se logró que tres de ellos, actualmente en retiro, entregaran su testimonio a ANALISIS: el jefe Juan Seoane y los detectives Quintín Romero y David Garrido. Fernando del Pino ya entregó su testimonio; lo hizo en 1980 cuando siendo comisario jefe de Concepción fue llamado a

declarar en el proceso por la desaparición de Eduardo Paredes. En forma escueta y precisa, Del Pino afirmó haber visto a Eduardo Paredes en el Tacna. Lo mismo hizo el actual subprefecto jefe de Angol, Douglas Gallegos, quien también declaró en el caso Paredes y ante un fiscal militar reconoció haber estado al lado del ex director de Investigaciones, tendido en el Regimiento Tacna, ambos en calidad de prisioneros.

A partir de esas sorprendentes declaraciones que por primera vez contradecían la versión oficial, el resto de los detectives llamados a declarar —con excepción de Juan Seoane— ocultaron la verdad. Sí, habían estado en el Tacna pero no habían visto a Paredes. ¿Qué pasó? La respuesta la entregó el detective Quintín Romero: “Yo mentí. Dije que no había visto a Paredes en el Tacna. Eso fue hace cinco años y tenía mucho temor”.

El detective Romero agregó: “En la fiscalía me encontré con varios funcionarios, ellos traían la instrucción de que no se había visto a nadie en el Tacna. Me pidieron que no me metiera en problemas”.

David Garrido, en cambio, nunca fue llamado a declarar. El ya había advertido: “Si me citan, yo diré la verdad”.

UN TESTIMONIO PARA LA HISTORIA

¿Por qué razón 17 funcionarios de Investigaciones permanecieron en sus puestos el día del golpe militar? Las razones las entregan los propios protagonistas. Esa mañana debieron cruzar hostiles barreras policiales y militares para llegar a sus puestos de trabajo entre las 7.30 y las 8.00 horas. El ex inspector Seoane afirmó: “Llegamos y nos quedamos, no dudamos un minuto. Ahí estaba el gobierno constituido que habíamos jurado defender. Lo mismo habíamos hecho el 29 de junio, para el ‘tanquetazo’. Ese día nos felicitaron”.

“No, no eramos héroes —agrega el ex inspector—, tampoco queríamos inmolarnos por un ideal político. Eramos servidores públicos, con mucho miedo, pero con la claridad suficiente para entender que si abandonábamos nuestro puesto éramos un

fraude como policías”.

El ex detective David Garrido dice: “Me quedé porque era mi obligación. Juré defender la ley hasta dar la vida si era necesario. ¿Con qué cara me habría presentado frente a mis hijos si no lo hacía?”

Tratándose de policías profesionales, los protagonistas de este reportaje se convierten en testigos excepcionales para reconstituir la historia de lo que ocurrió ese día en La Moneda y en el Regimiento Tacna.

EN LA MONEDA

En las primeras horas de la madrugada del 11 de septiembre de 1973, las fuerzas que encabezaron el golpe militar ya estaban listas para entrar en acción. La dotación de Investigaciones asignada a la custodia del Presidente Allende se reponía de una agotadora jornada. Juan Seoane, jefe de los detectives de La Moneda, fue sacado abruptamente de su sueño a las 6.30 de la mañana. Un llamado desde Tomás Moro fue la primera señal de alarma.

“Empecé de inmediato a llamar a mis compañeros —relata— en la cadena que funcionaba en el servicio y rápidamente recogí a las personas que me correspondía. Llegamos 18 funcionarios casi al mismo tiempo que el Presidente. Faltaron cuatro personas, que viendo que la situación era muy difícil, no se atrevieron a enfrentarla”.

Juan Seoane recuerda la llegada a La Moneda: “El ambiente estaba muy convulsionado, barreras y tanquetas de Carabineros rodeaban el lugar protegiéndolo. Me presenté de inmediato ante el jefe de la Casa Militar y hablé con Alfredo Joignant, director general de Investigaciones, quien me ordenó permanecer al lado del Presidente”.

Quintín Romero, detective tercero, tuvo que llegar por sus propios medios a La Moneda. “Había una agitación total. Paulatinamente se vio que la cosa iba en grande, en bloque y preparado por los militares”.

Muy pronto, los detectives se enteraron que los tres edecanes se habían retirado. Los carabineros aún permanecían en el lugar encabezados por su general director, José María Sepúlveda. Seoane dice: “Ellos se movían por todos lados, conversaban, se reunían. No recuerdo quién me informó que los jefes de Carabineros también se retiraban. Los vi salir a todos de La Moneda, previa retirada de quienes la protegían desde afuera”.

Los detectives, en cambio, se mantuvieron en sus puestos. Ni siquiera cuando se impusieron de que era inminente el bombardeo quisieron irse. Seoane recuerda: “No escuché el ultimátum, pero supe lo que se anunciaba. El Presidente Allende me llamó, estaba en el salón Toesca, sentado sobre una mesa grande. Me dijo que yo y mi gente estábamos liberados y que podíamos retirarnos. Insistió en que debía informar a mis hombres que estaban liberados. Cuando le dije que me quedaría, respondió algo así como que sabía que esa sería mi decisión. No fue nada grandilocuente”.

“Transmití el mensaje a toda la dotación y todos decidieron quedarse. Todo fue muy simple, sin grandes palabras ni melodramas. Estábamos cumpliendo con nuestro deber. Eramos 17 hombres, pues uno de nosotros se había retirado, se sentía muy mal, ni siquiera supe cuándo se retiró. Después me contaron que lo habían visto ese mismo día, en una patrullera, llorando”.

David Garrido, otro detective de la dotación, recuerda que Allende estaba muy tranquilo. “Estuve con él en el living privado, al lado del despacho presidencial —dice— mientras hacía un discurso por Radio Magallanes. Lo vi entero y con una gran claridad. Me abismó comprobar que tenía muy claro que iba a morir”.

Juan Seoane también rememora la figura de Allende en esa jornada imborrable: “Era como si hubiera estado preparado para vivir ese momento. Estaba más entero que nadie,

manejaba completamente la situación. Seguía siendo el Presidente de la República”.

EL ÚLTIMO LLAMADO DE TENCHA

En medio de la agitación y en un clima cargado de tensión, sonó un teléfono. El detective Quintín Romero lo atendió y escuchó: “Habla el almirante Patricio Carvajal, póngame con el Presidente”. Allende recibió de inmediato el mensaje. Romero acompañó al Presidente hasta el teléfono y allí permaneció. Por las grabaciones de las comunicaciones internas del día del Golpe, publicadas en ANÁLISIS N° 122, se sabe que Carvajal conminó a Allende a rendirse. Romero cuenta:

“Escuché cómo el Presidente lo retó, lo subió y lo bajó y finalmente le gritó: ‘Usted está hablando con el Presidente de la República y el Presidente elegido por el pueblo no se rinde’. Luego cortó, al mismo tiempo que nos informó que no recibiría nuevamente llamadas de ese tipo”.

A medida que pasaban los minutos, el bombardeo se hizo inminente. En el despacho del Presidente se encontraban varios hombres. Tropas militares disparan desde el frontis de La Moneda y un tanque hizo blanco: un tremendo orificio en la pared se abre ante los ojos del reducido grupo. Quintín Romero estuvo allí:

“Nos arrinconamos todos, cayeron brasas y comenzaron a quemarse las alfombras. Fue terrible. El impacto pasó por la ventana que estaba abierta. Gateando llegamos hasta donde se iniciaba el fuego y lo apagamos con cojines. En ese instante, comenzó a sonar un teléfono. Nadie lo atendía pues estábamos todos parapetados. Al final, de punta y codo, alcancé el aparato y lo levanté. ‘Habla Tencha —me dijo una voz — ¿con quién hablo?’ Me identifiqué y la señora del Presidente me pidió que la comunicara con su esposo. Le expliqué que era imposible, que disparaban. ‘¿Dónde está Salvador?’, preguntó, y luego de explicarle terminó diciendo: ‘Yo voy a salir de Tomás Moro. Comuníquesele por favor y... cuídenmelo mucho’. Ese recado nunca pude dárselo pues después quedé aislado”.

BOMBAS SOBRE LA MONEDA

Los detectives no creyeron que el bombardeo efectivamente se concretaría. Quintín Romero dice: “Creí que eran patrañas pues con todo el armamento que tenían afuera, con las bombas lacrimógenas que nos lanzaban, y si además cortaban el agua, estábamos acosados. El bombardeo estaba demás, no teníamos poder de fuego para hacer una real resistencia”.

David Garrido estaba en el segundo piso, en un pasillo junto a tres de sus compañeros. Cuando se aprontaban a bajar para ir en busca de máscaras antigases, pasó un avión Hawker Hunter. “Por esas cosas de niño chico le dije a Luis Henríquez que contáramos hasta tres una vez que el avión pasara. Sentimos silbar la bomba que cayó justo casi arriba de nosotros. Saltamos hasta la mitad de la escala. Cuando intenté ponerme de pie, me fui para atrás, me miré los zapatos y no tenían tacco, la onda expansiva los había arrancado. Quintín Romero y José Sotomayor quedaron aislados al otro lado, sin poder regresar”.

“Con Henríquez volvimos a la subida de Morandé 80 donde estaba el grueso del grupo. En un momento pensamos bajar por una escala de caracol que daba al comedor del primer piso. Cuando lo intentábamos cayó una bomba en el reposito y quedamos enredados entre los fierros de la escala. Yo le grité: ‘Negro, Negro, subamos’. Ya había un hoyo y tuvimos que saltar para llegar nuevamente al segundo piso. Ya no pudimos bajar”, dice Garrido.

Quintín Romero quedó aislado durante el bombardeo: “Estábamos en un living que daba exactamente sobre la capilla. Sentíamos pasar los aviones hasta que, de repente, llegaron las bombas. Fue algo muy sorpresivo. Se sintió el

impacto sobre el techo, el destrozo y luego el polvo. El fuego vino de inmediato. El rocket había perforado el techo. La zona en la que me encontraba quedó cortada. Quedé incomunicado totalmente, junto a uno de mis colegas, del resto de los compañeros. Tratamos de arrancar hacia las oficinas de la señora Tencha y sentimos nuevamente los aviones. En el corredor donde estábamos, rompimos un vidrio y así pudimos abrir la puerta de una oficina y luego nos metimos debajo de los escritorios. Nos sentíamos protegidos. El ruido era tremendo. Cuando comenzó el incendio, optamos por bajar. El bombardeo seguía y también las balas y las bombas lacrimógenas de Carabineros. El ambiente era irrespirable”.

“Hablábamos de que posiblemente nos fuéramos a quemar vivos si nadie apagaba el incendio. Afuera se escuchaban los gritos de los militares. Pensamos que nos iban a matar, no sabíamos nada del resto de la gente. Cada cierto rato, nos arrastrábamos hasta el baño para mojar nuestros pañuelos y poder respirar. Desde allí se podía ver el Patio de los Naranjos. Observamos cómo se quemaba todo el sector presidencial. De improviso, sentimos gritos y órdenes y divisamos a los bomberos”.

Juan Seoane recuerda: “Éramos 50 ó 60 personas que permanecíamos junto al Presidente. Lo veía moviéndose, de un lado a otro, con casco y una ametralladora en la mano. A cada rato se sacaba el casco y alguien se lo pasaba. A mí me parecía que estaba viviendo una película, que todo era irreal. Las bombas, el incendio... todo se quemaba”.

“A Enrique París nunca lo vi con una ametralladora, tampoco a Arsenio Poupin. También vi a Enrique Huerta y a Eduardo Paredes, quien hacía prácticamente de cabeza de la gente del GAP. En un momento, cuando ya no se esperó más ayuda exterior, se pensó en la posibilidad de salir abriéndose camino con los autos. Pero se desestimó, pues era arriesgar al Presidente”.

Funcionarios de Investigaciones asignados a La Moneda

(11 de septiembre de 1973)

Actualmente en retiro:

Juan Seoane Miranda (jefe)
Orlando del Pino Abarca (subjefe)
Carlos Espinoza Pérez
Quintín Romero Morán
David Garrido Gajardo
Eduardo Ellis Belmar
Pedro Valverde Quiñones
Erasmus Torrealba Aliaga

En actividad

Douglas Gallegos Todd
Carlos San Martín Zúñiga
José Sotomayor Llanos
Juan Romero Morán
Luis Henríquez Seguel
Reinaldo Hernández Tarifeño
Héctor Acosta Rey
Gustavo Basaure Barrera

No se presentaron ese día y están hoy en actividad:

Osvaldo Contreras Soto
Carlos Rodríguez Mella
Juan Alarcón Barros
José Silva Vargas

Se presentó y se retiró sin solicitar autorización:

Gustavo Riquelme Novoa

NOTA: Otros dos funcionarios estaban asignados a la seguridad de la Primera Dama. Uno de ellos, Jorge Fuentes Ubilla, fue quien la sacó esa mañana de Tomás Moro y la llevó a casa de Felipe Herrera.

“Por un citófono me llamaron desde el Cuartel General de Investigaciones. Era el ayudante del director, Carlos Bravo, para saber cómo se encontraba el Presidente (...). Me dijo que el director y el subdirector del Servicio habían abandonado sus puestos y que quien hacía de cabeza era el Prefecto inspector René Carrasco. Le pedí que le informara de nuestra situación y me llamara de vuelta”.

“Carrasco llamó y me dijo: ‘Todo está perdido para ustedes, he recibido una instrucción del Ministerio de Defensa, dígame al Presidente que la situación la dominan los militares, que hay que evitar un derramamiento de sangre inútil y lo mejor que pueden hacer es retirarse. Yo hablo con ellos y consigo una tregua’. Le informé de esta conversación a Eduardo Paredes, quien habló con el Presidente. Luego de una primera negativa del Presidente, éste accedió”.

“Me comuniqué con Carrasco y le dije que el Presidente estaba de acuerdo en que se consiguiera una tregua, que todos íbamos a salir. Carrasco dijo que teníamos que salir de a uno, sin armas y con una bandera blanca”.

“Todos comenzaron a dejar las armas. Nosotros también. En la punta de un palo largo se puso un mantel de cocina blanco y vi al doctor Oscar Soto que tomó la bandera. Estábamos todos en el segundo piso por Morandé. Comenzamos a bajar; al pasar por una ventana dispararon, rompieron los vidrios y el doctor Soto se cayó. La gente retrocedió y se rompió la fila”.

Al otro extremo de La Moneda, Quintín Romero y Luis Henríquez seguían aislados. Escucharon las voces de militares que comenzaban a allanar oficina por oficina. Con las manos en alto, salieron al pasillo gritando su identidad. Quintín Romero recuerda:

“Venía un capitán y cuatro conscriptos. Al capitán lo reconocí de inmediato porque nos había atendido como anfitrión en el Casino del Regimiento Tacna, cuando acompañamos al Presidente tres meses antes a una ceremonia. Estaban tan nerviosos que pensé que en cualquier momento podían dispararnos. Luego de desarmarnos, nos llevaron a una dependencia donde estaba Aníbal Palma, Clodomiro Almeyda y otras personas. Fueron muy pocos minutos, porque al poco tiempo nos vino a buscar el mismo capitán para sacarnos a la calle”.

En la escala que da a la puerta de calle Morandé 80, en medio de las balas, otra persona tomó la bandera blanca y se comenzó a salir en fila india. Juan Seoane no fue de los primeros.

EL SUICIDIO DE ALLENDE

“Yo estaba todavía en el segundo piso cuando los primeros comenzaron a salir. Ahí escuché a Allende decir: ‘Todos dejen las armas, yo seré el último en salir’. Fue la última vez que lo vi, aún se movía de un lado a otro”, recuerda Seoane.

David Garrido iba entre los primeros que salían por Morandé 80 cuando los disparos rompieron la fila. “Entonces retrocedí —expresa— y volví al final de la fila. Vi como el Presidente se fue despidiendo de todos, uno por uno. A mí me dijo: ‘Compañero, muchas gracias y mucha suerte’. Arriba, el humo hacía irrespirable el ambiente. Yo no tenía máscara antigases y, cuando me ahogaba mucho, el colega Douglas Gallegos y otros se sacaban sus máscaras y me la pasaban. Era insoportable, ya que nos ahogábamos. Estábamos al fondo del pasillo, casi frente al living privado del Presidente, cuando lo vi acercarse con Enrique Huerta, el doctor Patricio Guijón y otras personas, los que se quedaron en la puerta cuando él entró. Entonces escuché la voz del Presidente que dijo fuerte: ‘Allende no se rinde’, y de inmediato, dos o tres balazos. El médico dijo: ‘El doctor se mató’, entró en el despacho y, desde mi posición, vi al



Los detenidos en La Moneda. Muy pocos sobrevivieron.

Presidente sentado, con la cabeza hacia atrás y el casco botado. Había sangre en el muro”.

Juan Seoane cuenta: “La fila iba saliendo cuando llegó uno de los médicos y dijo: ‘El doctor murió’. Se produjo un momento muy terrible. Arsenio Poupin trató de matarse, pero alguien forcejeó con él y le arrebató la pistola. La voz de Enrique Huerta surgió entonces diciendo: ‘Rindámosle un homenaje al Presidente’. La gente seguía bajando y, cuando me asomé a la escala, vi entrando a los militares”.

Al enterarse de la muerte de Allende —dice David Garrido— los que aún permanecían en el segundo piso, al final de la fila, intentaron devolverse para estar junto al Presidente, pero el doctor Guijón se lo impidió. La situación se tornó caótica.

David Garrido tiene grabada en su memoria la imagen de Salvador Allende con la Declaración de la Independencia de Chile en su mano. Relata:

“Ese pergamino estaba en la Sala de Consejo de Gabinete, en el Salón Carrera. Cuando este recinto comenzó a quemarse, alguien sacó el acta original —firmada por O’Higgins, Zenteno y la Primera Junta de Gobierno— desde la vitrina en que estaba y se la pasaron al Presidente. Hasta el final lo vi con ella en la mano”.

En relación a esa Acta, Miriam Contreras, “La Payita”, secretaria del Presidente, relató más tarde: “Me había puesto la chaqueta de Augusto Olivares (quien ya se había suicidado), con la intención de llevársela como recuerdo a Mireya, su esposa. Como era su costumbre, tenía los bolsillos llenos de llaves, libretas, monedas antiguas y manojos de papeles. Debajo de las mangas, puse enrollada el Acta original de la Independencia de Chile firmada por Bernardo O’Higgins el 2 de febrero de 1818. El Presidente le pidió a Eduardo Paredes que me la entregara para salvarla del incendio. Al salir, los soldados me la arrebataron y la rompieron, a pesar de explicarles de qué se trataba”.

Juan Seoane también lo recuerda: “Escuché los gritos de la Payita diciendo: ‘Pero si es el Acta de la Independencia, soldado...’”

Tras salir por Morandé 80, mientras se escuchaban disparos y entraban soldados a La Moneda, los obligaron a tenderse en el suelo. Había heridos y separaron a algunos médicos del grupo. “En una ambulancia —relata Seoane— vi que subían a uno del GAP y a Carlos Jorquera. También a la Payita. Había soldados que pedían que, por favor, los dejaran matarnos. Decían: ‘Mi teniente, deje que mate a estos comunistas, les reviento la cabeza aquí en la calle’”.

Garrido se encontró con los militares cuando iba en la

mitad de la escala. Así cuenta su experiencia: “Quedé tendido en la vereda al lado de Eduardo Paredes. Lo recuerdo muy nítidamente porque él trató de sacarse el carné de identidad y pasármelo a mí. De inmediato le empezaron a pegar y se subieron arriba de mi espalda. No sabían quién era, lo hicieron sólo porque se movía”.

Quintín Romero salió en esos momentos de La Moneda y fue llevado ante la presencia del general Palacios junto al detective Luis Henríquez. “Nos dieron la orden de tirarnos al suelo con el resto de los detenidos y ahí vimos a nuestros colegas, creíamos que estaban muertos. Estaban todos tendidos en la vereda junto al Ministerio de Obras Públicas”.

Desde el suelo, con las manos en la nuca, golpeados e insultados, David Garrido vio venir un tanque. Al oficial que iba en la torreta del tanque, el detective Garrido le escuchó decir: “Permiso, mi general, para pasarle el tanque por la cabeza a estos huevones”.

“Di vuelta la cabeza —dice nuestro testigo— y vi al general Palacios, con su mano izquierda vendada y un fusil en la derecha. El tanque se movió y puso una oruga encima de la vereda. Cuando el tanque se puso en movimiento, la gente que estaba al interior del Ministerio de OO.PP., que observaba la acción, comenzó a gritar, muy fuerte. Parece que eso detuvo al tanque a escasos centímetros de nuestros cuerpos”.

EN EL TACNA

El Regimiento Tacna fue el destino para esos prisioneros de La Moneda. En Morandé, los militares los hicieron subir a unos buses. “Íbamos hincados, uno por asiento y otros en el suelo, con las manos en la nuca”, recuerda Juan Seoane.

En el Tacna, “yo fui el primero en bajar, porque fui el último en subir a la micro. Nos hicieron bajar de rodillas, y a culatazos, al patio del Regimiento”, relata David Garrido. Y continúa:

“En el patio había dos ametralladoras punto 50 con los servidores listos para disparar. Nos pusieron a todos hincados a 20 metros de las ametralladoras. Llegó entonces un alto oficial. Después supe que era el comandante del Regimiento, de apellido Ramírez. Gritaba como desahogado para desalojar una parte de atrás en que había unos camiones y unos soldados. ‘¡Salgan todos de ahí!’, gritaba. ‘¡Los vamos a fusilar de inmediato!’ Estaba muy mal ese comandante, muy fuera de sí, muy desesperado con nosotros. Ese fue el primer impacto del Tacna”.

El comandante en cuestión era el entonces coronel de Ejército Luis Joaquín Ramírez Pineda. Al año siguiente, Ramírez fue enviado a Argentina como agregado militar. Desempeñaba ese cargo cuando fue asesinado, en Buenos Aires, el general Carlos Prats y su esposa, en septiembre de 1974. Hoy es general retirado y rector delegado de la Universidad de La Serena.

Quintín Romero recuerda: “Se armó un alboroto tremendo porque el comandante del Tacna quería fusilarnos de inmediato. Daba gritos, órdenes y contraórdenes. El comandante Ramírez Pineda gritaba que éramos unos desalmados, que le habíamos hecho frente al general Palacios y lo habíamos herido, que había que fusilarnos de inmediato. Todo esto salpicado de garabatos de grueso calibre. Se acercaron a él un par de oficiales y le hablaron. Escuché algo parecido a que ‘había que esperar’”.

De repente —dice Quintín Romero— “el comandante del Tacna cambió de actitud”. David Garrido recuerda que le preguntaron su nombre, lo que hacía y le pidieron documentación. “Yo era el primero de la fila. Dos personas de civil, con una caja, echaban ahí los documentos. Nunca más nadie me preguntó algo. Me pegaron no más”.

“Llegó un teniente colorín y dijo que giráramos, así hincados y nos moviéramos hacia el fondo”, continúa Garrido. “Ahí nos hicieron sacarnos el vestón, los zapatos, la corbata. Luego nos pararon y nos pusieron en cuatro filas, guardando distancia como de tres metros entre uno y otro”.

Quintín Romero Agrega: “De rodillas y con las manos en la nuca, nos llevaron hasta una caballeriza que se usaba para guardar vehículos. Nos quedamos con muy poca ropa y nos tendieron boca abajo, con las manos en la nuca y las piernas abiertas. Nos daban patadas y culatazos”.

ENCUENTROS EN LAS CABALLERIZAS

Las revelaciones de los detectives clarifican el destino fatal de esos prisioneros de La Moneda. Estaban ahí, en las caballerizas del Tacna, como los detectives, fuertemente vigilados y maltratados.

Recuerda Seoane que en las caballerizas vio a Eduardo Paredes (médico, presidente de Chile Films y ex director de Investigaciones); a Enrique París (médico psiquiatra, miembro del Comité Central del Partido Comunista, consejero superior de la Universidad de Chile y asesor de Allende); al doctor Jorge Klein; a Jaime Barrios (ex vicepresidente del Banco Central); al intendente de Palacio, Enrique Huerta; al abogado Arsenio Poupin, (Subsecretario General de Gobierno). Seoane recuerda también a “Daniel Escobar, un muchacho que trabajaba en la subsecretaría del Interior, y a otro muchacho que era chofer del Ministerio de Obras Públicas, se llamaba Julio Tapia Martínez, lo he visto en las listas de detenidos desaparecidos. Posteriormente, mirando los libros de detenidos desaparecidos reconocí en las fotos a Claudio Jimeno (sociólogo) y a Oscar Valladares Carocca”.

Quintín Romero confirma que “estaban ahí Paredes, París, Poupin, Huerta... ésos eran los más connotados, más los del GAP, algunos funcionarios de La Moneda y nosotros”.

“Recuerdo haber estado ahí con Arsenio Poupin, Coco Paredes, Enrique París, Enrique Huerta”, corrobora David Garrido. “También me acuerdo del doctor Ricardo Pincheira, pero nosotros lo conocíamos en Investigaciones como Máximo”, dice.

Todo el día 11 —dice Seoane— fue llegando más gente. “Recuerdo que uno era funcionario de la Imprenta Horizonte”. David Garrido cree que el grupo de La Moneda fue incrementado ese mismo día por gente que venía del Cordón Industrial Vicuña Mackenna. “Nosotros éramos entre 40 y 50 y, cuando nos paramos, quedaron tendidas unas 70 personas”.

Toda esa noche la pasaron con las manos en la nuca, las piernas abiertas, tirados en el suelo. “Pasaban lista a cada rato, cada vez que un oficial se hacía cargo del turno. Se cercioraba de que estuvieran todos los detenidos. Había oficiales que se metían entre los detenidos y pegaban patadas y culatazos. La lista la pasaban diciendo el nombre y el primer apellido. Uno tenía que cantar el segundo apellido, y ahí los conscriptos apuntaban a la cabeza con los fusiles”, relata Quintín Romero.

Recuerda David Garrido que Coco Paredes estaba cerca suyo en la caballeriza, pero “no me dijo nada. No se podía conversar. A él le cargaban más la mata del mal trato”.

Ese día 12, en la mañana, ocurrió un episodio que tuvo como protagonista a Enrique París y que impactó a los detectives. Cuenta Garrido:

“Recuerdo muy claro a Enrique París, porque a él lo pararon el día 12 en la mañana. Gritaron su nombre y él contestó. Recuerdo el diálogo: ‘Usted va a ser fusilado y aquí está el capellán de la Segunda División del Ejército. ¿Quiere confesarse?’ París respondió: ‘No señor, no tengo nada que

confesar’. Y ahí se lo llevan. Yo no volví a verlo. Porque ese mismo día, en la tarde, a nosotros nos sacaron”.

Quintín Romero también recuerda el episodio: “Estábamos en las caballerizas cuando dijeron que iban a traer un sacerdote porque Enrique París iba a ser fusilado. Llegaron oficiales con un sacerdote y le preguntaron a París si quería confesarse. El contestó que no, que no era creyente, que no necesitaba un sacerdote. Cuando le trajeron al sacerdote, hicieron pararse a París. No se podía parar. Estaba tullido, le costó mucho... Como estábamos tendidos sólo con camisas, el frío y la falta de movimiento era terrible... También a nosotros nos decían que nos iban a fusilar en una hora más, que nos traerían un sacerdote. Un funcionario que estaba al lado mío me dijo de repente: ‘¿Quintín, Quintín, tú vas a pedir un cura?’ Yo le dije que no”.

SE VAN LOS DETECTIVES

Alrededor de las dos de la tarde del miércoles 12 sacaron a los 17 detectives de esa caballeriza. Santiago Cirio Planes y Juan Otto, funcionarios de Investigaciones, los habían ido a buscar. “Estuvimos como hora y media en los jardines del Regimiento. Ahí cambió el trato. Nos dejaron mojarnos la cara, nos dieron café y un plato de porotos, nos devolvieron las especies y la placa”, señala David Garrido. Y agrega: “Pedimos cigarrillos y un oficial dijo, mostrando hacia el montón de ropa que nos habían sacado a todos cuando llegamos: ‘Busquen ahí no más todos los cigarrillos, total estos huevones no van a fumar nunca más’. Se refería a los que se quedaban...”

Cuando dijeron a los detectives que se los llevaban de vuelta al Cuartel de Investigaciones, se percataron que no iba Juan Seoane con ellos. “Preguntamos qué pasaba con el jefe —dice Romero— y dijeron que se quedaba, que iba a hacer una declaración, que nos seguiría luego”.

Se llevaron a los 16 detectives y Seoane cuenta: “Un civil me llevó a otra caballeriza que estaba al lado de la anterior. Ahí había tres muchachos que habían sido detenidos por toque de queda. Jóvenes pobladores, muy humildes. Me senté con ellos sobre unas lonas grandes, como para tapar camiones. Hacía bastante frío esa noche del 12 al 13. Me metí entre las lonas, junto a los muchachos y me quedé dormido”.

En la mañana del jueves 13 —cuenta Seoane— lo hicieron limpiar letrinas “con las manos no más”, junto a los jóvenes pobladores. “Después, uno de esos señores de civil con la pechera me llamó desde la puerta de la letrina y me llevaron de nuevo donde estaban todos. Quedé en el suelo, en la misma posición que los demás. Los de La Moneda y los que habían agregado”.

CON ALAMBRES Y EN CAMIONES

Juan Seoane aún se conmueve al recordar el siguiente episodio:

“Cuando estábamos allí, en el suelo, aparecieron unos soldados y nos empezaron a amarrar con alambres, los tobillos y las manos a la espalda. Daban varias vueltas y hacían un torniquete, cortando el alambre con pinzas. Una vez que terminaron, quedamos todos ahí, tirados en el suelo, amarrados... Sí, eran amarras de muerto”.

“Después trajeron unos camiones, unos soldados llegaron con unas listas y empezaron a leerlas. Cuando el preso respondía ‘aquí’, lo tomaban entre varios, como bulto, y lo tiraban arriba del camión”.

“De repente nombraron a un detective y alguien respondió: ‘No está, es de Investigaciones’. Entonces dejaron de nombrar a los de Investigaciones, lo que significó que cuando terminó la lista, el único que quedó en el suelo fui yo.



El ex Presidente Allende, cuando la democracia era una realidad.

Recuerdo que cuando subieron a Enrique Huerta, él se quejaba y decía que se estaba ahogando o algo así. Le respondieron con un par de garabatos. No me acuerdo que faltara gente de la lista, aparte de los funcionarios de Investigaciones”.

“Los camiones comenzaron a moverse y vino un sargento que, al verme en el suelo, me levantó la cabeza y me puso como almohada una corbata que había quedado ahí. Yo tenía la cara rota, entre los golpes y la posición de la cabeza en el suelo. Me dejaron un rato solo y después me tiraron sobre las lonas de la caballeriza”.

Un rato después, llegó otro “civil con pechera” para llevarlo a un interrogatorio. “Me sacaron los alambres de los tobillos, me hicieron levantarme y me llevaron hacia una sala. La misma donde habían entrevistado a los otros funcionarios”. El interrogatorio —dice— fue “bastante normal”. Le cortaron la amarra de las muñecas y le preguntaron por su actividad, “si tenía algo que ver con el GAP, si los conocía, si vivía en Tomás Toro. Explicué que mi única relación era profesional. Que me había quedado en La Moneda por la misma razón que el 29 de junio”.

Después lo llevaron a la caballeriza y de ahí “a una cuadra donde había camastros. Parado, en medio de los soldados que lo custodiaban, encontré a Vicente Sotta, quien me abrazó. Me puse a llorar y él me decía: ‘llore, compañero, llore no más, si nada le va a pasar’. Transmitía una fuerza increíble. Gritó: ‘Soldado, vaya a buscarle un café al compañero’ y el soldado obedeció”.

Uno de los soldados —cuenta Seoane— le dijo después: “De buena se salvó, porque a todos los que se fueron en los camiones los llevaron a Peldehue y los fusilaron. Antes, los hicieron cavar sus propias tumbas”.

REGRESO A LA VIDA

Cuando los 16 funcionarios fueron sacados del Tacna, esa tarde del 12 de septiembre, en una caravana con fuerte escolta militar que hasta incluyó tanques, llegaron al cuartel central de Investigaciones y recibieron una peculiar bienvenida.

“Los colegas nos tocaban, nos abrazaban. Fue una recepción emocionante porque muchos nos daban por muertos”, recuerda Garrido. “Estaban impresionados con nuestra lléxada. Algunos lloraban al vernos tan sucios, tan mal. Parece que creían que nos habían fusilado”, agrega Romero.

“El prefecto Julio Rada nos abrazó uno por uno y luego nos llevó a la oficina del nuevo director, el general Ernesto Baeza. Ahí estaba el edecán Sergio Badiola, quien dio fe de que todos éramos funcionarios y profesionales altamente capacitados. El general Baeza nos gritó algo así como ‘a la menor tibieza política, los voy a hacer desaparecer’. Ordenó que nos retiráramos a nuestras casas y nos presentáramos temprano al

otro día. Luego nos pasaron a la oficina del subdirector, donde un médico nos examinó y dijo que no estábamos en condiciones de volver al trabajo de inmediato. Unos veníamos más machucados que otros. Y todos con los dedos agarrotados por la postura en que nos habían tenido”, asegura Garrido.

El inspector Seoane fue sacado por el mismo inspector Cirio Planes el 13 de septiembre y conducido de inmediato al cuartel central. “Me llevaron a la oficina del prefecto y un médico me puso una inyección porque yo venía muy choqueado. Me llevaron a mi casa, donde de golpe se me vino encima todo el miedo acumulado. No podía dormir, andaba a saltos y pasaron meses hasta que pude recuperarme del agarrotamiento de mis manos”.

Cinco días después de su liberación, Seoane fue llamado a retiro: “Ni alegué. Me daba por satisfecho de estar vivo”. Y no pasó un mes cuando llamaron a retiro a Quintín Romero: “El prefecto Julio Rada me dijo que lo sentía mucho, pero que ahora mandaban los señores de la gorra”. Hasta 1979, estuvo en actividad David Garrido, en la Brigada de Delitos Sexuales: “Pero siempre me sentí un funcionario cuestionado”.

Al tiempo que estos 17 funcionarios se reencontraban con sus familias en ese trágico septiembre, el rastro de los otros prisioneros de La Moneda fue buscado infructuosamente por los suyos en hospitales, comisarías y regimientos. La esposa de Enrique Huerta, Matilde Jousse, obtuvo la confirmación de que estaba en el Tacna tanto por una gestión de un general de la FACH —tío suyo— como porque vio su nombre en el listado de prisioneros que estaba en la guardia del Regimiento.

En el caso del doctor Eduardo Paredes, “El Mercurio” informó el 14 de septiembre que “murió en un enfrentamiento”, lo que más tarde fue públicamente ratificado por el coronel Pedro Ewing, ministro Secretario General de Gobierno, y por Federico Willoughby, secretario de prensa de la Junta. La Familia Paredes recibió la confirmación de la muerte por los abogados Schweitzer, padre e hijo, que más tarde ocuparon las carteras de Justicia y Relaciones Exteriores. Nunca les entregaron el cadáver y, en el proceso judicial, no pudo aclararse el origen de la información oficial. Ewing dijo que ella llegó a las autoridades “por diversos conductos”. Willoughby declaró que “oí a un grupo de oficiales en el Ministerio de Defensa decir que Paredes había muerto”. Los Schweitzer dijeron que la noticia se las dio Alvaro Puga, encargado de informaciones del Ministerio de Defensa. Y Puga, a su vez, dijo haberla recibido de “un oficial de Estado Mayor que no me autorizó para dar su nombre”.

¿Por qué mintieron, tanto con la versión del “enfrentamiento” para justificar la muerte de Paredes, como en la reiterada negativa a que todos esos prisioneros estuvieron en el Tacna? La única explicación, por ahora, está en la violación flagrante de sus propias normas legales para tiempos de guerra.

El general Gustavo Leigh reconoció (ANÁLISIS N° 135) que “hubo una confusión en que todos decían: ‘De la gente de La Moneda no sabemos nada’”. Pero el entonces comandante en jefe de la FACH confesó que nada pudo hacer porque “ustedes, en pleno combate, ¿van a preguntar qué se hace con los prisioneros? ¿Voy a darles pautas yo al Ejército respecto a cómo tratar prisioneros, cuando yo soy de un arma totalmente diferente en cuanto al tratamiento del personal de combate? ¿Voy a preguntarle yo al general Pinochet acerca de qué está haciendo con esa gente? Me habría contestado una grosería”.

La respuesta deberá darla el Ejército de Chile... **a**

por MONICA GONZALEZ,
PATRICIA VERDUGO
Y MARIA OLIVIA MONCKEBERG